

Y esa ráfaga ver, arrebolada,  
Manto oriental de púrpura y de grana,  
Que el sol tiende en la bóveda azulada  
Al ocultar su lumbrera soberana.

Y cuando al aclarar en Occidente  
Su luz sepulta al fin su última estrella;  
¡Cuán grato es ver en el opuesto oriente,  
La aurora despuntar cándida y bella!

Y ver las perlas diáfanas, redondas,  
Que la noche al pasar dejó prendidas  
Sobre la abierta flor, colgando en ondas  
Al borde de las hojas suspendidas.

Y entonces escuchar en la espesura  
De la paloma la sentida queja,  
Que mas que la expresion de su ternura,  
Un lamento trístisimo semeja.

Y al jilguero cantor que se extremece  
Al desatarse en dulce melodía,

Y que desde la rama en que se mece,  
Con sus himnos de amor saluda el día.

¡Oh descuidado y bello pajarillo  
Que vagas libre en pos de tus amores!  
¡Ah! cuánto envidio tu vivir sencillo,  
Tus colinas, tus bosques y tus flores!

El trino encantador y apasionado  
Con que su amor tu compañera llora,  
El gorjeo sentido y delicado  
Tú puedes escuchar, ave canora.

Tú eliges á tu gusto tus amores  
Sin que te pesen importunas leyes,  
Que del aire los plácidos cantores  
No han menester repúblicas ni reyes.

Yo buscaré la dicha en tus cantares,  
En tus bosques la paz y la ventura,  
Y acallaré la voz de mis pesares  
De quieta soledad en la espesura.

## JOSÉ RAMON YÉPES

Nació en Maracaibo el 9 de diciembre de 1823.

Yépes es uno de los marinos mas distinguidos de Venezuela.

Como poeta, Yépes ha lanzado al viento, sobre el azulado loino de los mares ó en las inmensas soledades del desierto, docenas de cantares, dulces como la voz del ruiseñor, tristes como las noches de luna en medio del Océano, tiernos y dulces como el acento de la mujer que se ama. Pero si Yépes ha expresado en cadenciosos versos los mas íntimos sentimientos del corazón y las mas bellas aspiraciones del alma, también para ensalzar las glorias de la patria, cantar la libertad ó anatematizar la tiranía, ha hallado acentos terribles como el fragor del huracán desencadenado en mitad de los mares, como el estruendo de la catarata que se despeña espumosa, como la voz imponente de las florestas americanas.

### Á MI AMIGO M. HENRIQUEZ

EN LA MUERTE DE SU HIJO

I  
Á cada risueño amor  
Con que el hombre se engalana,  
Digo temblando : mañana  
Hay que llorar un dolor.

Pues bien y mal de tal suerte  
Tienen su peso y medida,  
Que un paso dado en la vida  
Es un paso hácia la muerte.

Pero allí do se derrumba  
El hombre, tras honda pena,  
Y la universal cadena  
Parece rompe la tumba,

No hay mas que un oscuro velo  
Que oculta de varios modos  
La luz que buscamos todos  
Entre los soles del cielo.

Flor de purísima esencia  
Fué tu niño, y me imagino  
Que apresuró su camino  
Por conservar la inocencia.

Pues que cualquiera lo acierta,  
Ó lo sabe, ó lo presume :  
Pierde la flor su perfume  
Al vendaval entreabierto,

II  
Yo no conozco una historia  
De mas dulce consonancia,  
Que la historia de la infancia  
En el libro de la gloria.

Pero, á la verdad, ninguna  
Otra mejor nos advierte,  
Que es esclavo de la muerte  
El hombre desde la cuna.

Con esa cifra, que alfombra  
Al mundo, nació tu niño,  
Risueño copo de armiño  
Que se deshizo en la sombra.

Mas también por ella unida  
Nuestra angustia á la esperanza,  
El hombre llorando alcanza  
La eternidad de otra vida.

En esa mar sin ribera  
De tan infinita calma,  
El llorado hijo del alma  
Tus bendiciones espera.

Que del hombre el desconsuelo  
Así Dios al bien aduna :  
Fija una escala en la cuna  
Para levantarlo al cielo.

## LOS DOS ANGELES

Quiso calmar el cielo la memoria  
De tu mortal martirio,  
Y te dió, como un gaje de su gloria,  
Otra perla, otro lirio.

Pero ese nuevo amor que el llanto sella  
De una tumba sombría,  
Era un angel tambien, era otra estrella,  
Otra dulce María.

Bien lo dijo la flor del arroyuelo  
Cantando una mañana :

« La segunda María se irá al cielo  
Como su tierna hermana. »

Así fué que al oír el triste llanto  
De toda la campiña,  
« ¡ Ya se hundió, dije trémulo de espanto,  
Esa segunda niña ! »

¡ Alienta, pobre madre ! No hay bendito  
Martirio sin su palma :  
Á mí tambien me guarda el infinito  
Dos hijos de mi alma.

## NIEBLA

Cogiendo flores en la campiña,  
Mas vaporosa que el aura leve,  
Aquella dulce, risueña niña  
Vió una mañana  
Dos nubecitas color de nieve,  
Que se fiñeron color de grana.

« Quiero ser nube, dijo la niña,  
Mas vaporosa que el aura leve. »  
Y con las flores de la campiña,

Cintas y galas,  
Y con sus velos color de nieve,  
La dulce niña formó sus alas.

Cuando en los huertos de la campiña  
Y al viento leve de la mañana  
La pobre madre buscó á su niña,  
¡ Ay !... en su anhelo  
Vió que entre nubes color de grana  
La dulce niña volaba al cielo.

## PLEGARIA

Dios, venero fecundo  
De infinita bondad, derrama pío  
Sobre este frágil ser venido al mundo,  
El misero hijo mio,  
Las felices y santas bendiciones  
Que encierran los humanos corazones.

Derrama en su camino  
Bálsamo de virtud, sombra de calma,  
Que adorándote cumpla su destino  
El hijo de mi alma,  
Que nunca olvide en el afán del hombre,  
¡ Oh, Providencia ! tu divino nombre.

• Que de mi hogar tranquilo  
Honra y felicidad perenne sea ;  
Y roto al fin de mi existencia el hilo,  
Á la lumbre febea  
Murmure en mi sepulcro esos acentos  
Que á ti llegan en alas de los vientos.

Tú que á volar enseñas  
Desde su nido al blando pajarillo,  
Tú, poder inmortal, que no desdenas  
El acento sencillo,  
Ni la vótiva ofrenda, ni las flores  
Que en su vellon te ofrecen los pastores ;

Escúchame propicio,  
Protege á mi naciente pequeñuelo ;  
Si para ser feliz un sacrificio  
Demanda el alto cielo,  
Yo me ofrezco por victima. Culpable  
He sido mucho y nécio y miserable.

Dáale luz á su mente ;  
Pero luz de verdad que un dia alumbre,  
Siquiera en el hogar de nuestra gente,  
Tras honda servidumbre,  
Los mentirosos ídolos que adora,  
Al ruido de la guerra destructora.

Fé te pido sincera  
Para su corazon : ampara, escuda  
Su divina creencia. Cuando impera  
La desolante duda  
Y la santa virtud yace en olvido,  
Para este pobre niño fé te pido.

En los dias risueños  
De nuestra juventud torpe, ilusoria,  
Vive loco el espíritu de sueños  
Cuya luz es la gloria  
Como la entiende el alma degradada :  
Insensatez y ruidos, humo, nada....

Y, pues, que yo sin miedo  
Culto presté tambien á ese delirio,  
Á cuya voz aun hoy, misero, cedo  
Y es mi mayor martirio,  
Que el hijo mio de esas glorias huya....  
No hay mas gloria, Dios mio, que la tuya.

Padre inmortal, inspira  
Tras largo insomnio en noche solitaria,  
Á mi espíritu ardiente que te admira  
En trémula plegaria,  
La paz, la dulce paz, hija del cielo,  
Que necesito en mi constante duelo.

## Á LA NIÑA E.

Sabiendo un dia, modesta niña,  
Que en urnas rojas como el coral  
Iban los silfos de la campiña  
Buscando flores para tu altar,

Tomé las señas, seguí el camino,  
Pues yo buscaba flores tambien,  
Ya que las flores de mi destino  
Se marchitaron en la niñez.

Cuando á la margen de un arroyuelo  
Danzando alegres con ellos di,  
Todos alzarón el blando vuelo  
Sobre una nube de oro y márfil.

Quedéme triste con mis dolores  
Viendo á los silfos raudos volar,  
Llenas sus urnas de bellas flores,  
Mientras lloraba mi soledad.

Dulce paloma de extraño suelo,  
¿ Piensas que el cielo me abandonó ?  
Siempre en mis cuitas me ampara el cielo :  
Do quiera, niña, se encuentra Dios.

Y en aquel sitio de alegre danza  
Por un olvido quedó, tal vez,  
La florecilla de la esperanza  
Que hoy, como ofrenda, pongo á tu piés.

## MI FÉ DE NIÑO

Bajo el amparo del amor divino,  
Con que se nutre el corazon cristiano,  
Suelto mi voz, como el terral marino  
Murmura triste en el bosque indiano.  
Á solas con mi fé voy peregrino,  
Entre las sombras del saber humano,  
Buscando el dulce suspirado puerto  
Con calma sí, pero con rumbo cierto.

Á solas con mi fé do quiera siento  
Del alto nimen el poder sublime,  
Ya cante con altivo pensamiento,  
Ya flore con el duelo que me oprime :

Á solas con mi Fé busco sediento  
Una sola esperanza que me anime,  
Y la encuentro tranquila y solitaria  
En la trémula voz de mi plegaria.

¡ Santa, tres veces santa la bendita  
Sencilla religion : puro arroyuelo  
Que su mansa corriente precipita  
Á través del mundano desconsuelo :  
Nuncio feliz de paz, voz infinita,  
Que resuena en los ámbitos del cielo,  
Y escucha el hombre en su penar profundo  
Mientras va caminando por el mundo !

Niño, muy niño, en mi inocencia pia  
La simiente de Dios brotó en mi pecho,  
Y á Dios casi llorando le pedia  
Paz en mi sueño sobre el blando lecho.  
Ella, mi único amor, la madre mia,  
Cuando bramaba el temporal deshecho,  
Tambien oraba con afan prolijo  
Á Dios pidiendo por su débil hijo.

Creció el niño despues; con pié ligero  
La senda del pesar fui caminando:  
Con aliento y valor seguí primero,  
Despues con tardo paso suspirando;  
La gloria, ese magnífico venero,  
Que el corazon anhela palpitando,  
Con sarcasmo la ví descolorida  
Tras el cansancio de la estéril vida.

¡Oh! que es triste, muy triste en la mañana  
De nuestras encantadas ilusiones  
Palpar la realidad, miseria humana  
Amasada de impúdicas pasiones;  
Sentir cómo se apaga soberana,  
En medio de las danzas y canciones,  
Esa llama inmortal de la existencia:  
La castidad del alma, la inocencia.

Prueba terrible para el frágil hombre,  
Supremo instante en que somete á duda,  
Sin que blasfemo el corazon se asombre,  
Su fé que entonces se mantiene muda;  
Hora menguada en que de Dios el nombre,  
Postrero paladion con que se escuda,  
Pronuncia nuestro labio indiferente,  
Olvidando que es Dios omnipotente.

Así la vida nuestra se asemeja  
Al velero y fortísimo navio,  
Que la onda pura, ribereña, deja  
Bajo del recio temporal sombrío;  
Larga sus banderolas y se aleja  
Adentro en el fragor de mar bravío,  
Y á poco, sin timon, perdido vaga,  
Y rebramando el mar le impela y traga.

Si entonces el mortal en su amargura  
El crimen cree valor, lo cree arrogancia,  
Si en medio á la corriente no procura  
Por el Dios sacrosanto de su infancia,

### CÁNTICO Á LA VIRGEN

¿Sabes ¡oh Madre! que en la noche umbría,  
Cuando en silencio se adormece el hombre,  
Trémulo el labio de esperanza pia  
Canta tu nombre?

Si no quiere tenaz volver su impura  
Mirada al cielo en criminal constancia,  
Si el llanto no humedece su mejilla,  
Ofrenda grata á Dios, pura y sencilla,

¡Ay del hombre infeliz! ¡Ay del que fuerte  
Se juzga en su soberbia ó su cinismo!  
Nave altanera correrá la suerte  
De ser tragada por el hondo abismo.  
¡Ay del hombre infeliz! podrá su muerte  
Con las palmas cubrir del heroismo;  
Pero serán en su terrible duelo,  
El signo de la cólera del cielo.

Yo fui, Señor, en medio á mi camino  
Semejante á la nave, débil pluma,  
Arrastrada del recio torbellino  
Rota y sin rumbo entre la hirviente espuma;  
Pobre mortal, cuitado peregrino,  
Volví la vista á tu grandeza suma,  
Mi voz á tí la levanté postrera  
Y hallé *mi fé de niño* toda entera.

Próximo á perecer, la viva lumbre  
Me hirió de tu grandeza y de tu gloria;  
Y se tornó mi orgullo en mansedumbre  
Al suave soplo de infantil memoria:  
Me alzé, Señor, del cieno y podredumbre  
De la mundana vida, que ilusoria  
Por la fé que de niño me quedaba  
Mis instintos sublimes sufocaba.

Obra fué tuya ¡oh Dios! Padre supremo,  
Esa que yo sentí dulce esperanza.  
¡Ay! desde entonces el corazon blasfemo  
Quedó purificado en tu balanza:  
Hoy te admiro, Señor, te adoro y temo,  
Cuando entono postrado en tu alabanza  
El himno de mi amor, que el alma ansiosa  
Encomienda á la brisa rumorosa.

Por eso á solas con mi fé camino,  
Y al ver del hombre la fortuna varia,  
Empuño mi bordon de peregrino  
Y elevo á Dios mi férvida plegaria;  
Voy entre sombras sí; mas el destino  
Hará brillar mi estrella solitaria;  
Y en Dios confiando con amor profundo,  
Mi primera palabra daré al mundo.

¿Quién presta tonos á mi pobre lira  
Mientras su voz el temporal levanta?  
¿Quién estos himnos de piedad me inspira?  
¿Quién, Madre Santa?

Dulces memorias los destinos míos  
Guardan, dichosos de poder tenerlas,  
Como se ocultan en los patrios ríos  
Conchas y perlas.

Son ellas, Madre, por mi mal, perdida  
Luz de otro tiempo de pasadas glorias,  
Son el encanto de mi estéril vida.....  
Son tus memorias.

En mi tu culto se guarece y brilla  
Cual brillá el rayo de la blanca luna  
Alta la noche, en la silente orilla  
Do fué mi cuna.

Bien misterioso que mi pobre gente  
Me dió por gaje de inmortal cariño,  
Aura que orea mi abrasada frente  
Desde muy niño.

Madre, así en tanto si se ven pavesas  
Dentro del alma cuando triste lloró,  
Nubes ligeras de pesar son esas.....  
Siempre te adoro.

Siempre á tí, madre, mi destino solo  
Busca, temblando con amor profundo,

### LA ÚLTIMA LUNA

#### MEMORIAS DE UN ÁNGEL

Acude á tus recuerdos, alma mia.....  
Pues tu pesar profundo  
Y tus sueños de amor y poesía  
Ludibrio son del mundo;  
Mientras la vida pasa hora tras hora,  
¡Ay, alma mía, tus recuerdos llora.....!

Era la noche. Misteriosa y llena  
De murmullos y ruidos  
Vagaba el aura, y pálida y serena,  
Á sus ecos perdidos,  
En el espacio límpido y sonoro  
Se iba la luna entre luceros de oro.

El silencio es solemne en una estancia  
Mansion de los dolores,  
Tibia aun del vapor y la fragancia  
De retamas y flores:  
Todo es allí misterio y calma mustia,  
Y honda ansiedad, y lágrimas de angustia.

Á la rojiza luz que, bajo un velo  
De gasa, allí vacila,  
Vace la niña del mirar de cielo,

Como la aguja se dirige al polo,  
Norte del mundo.

Búcaro negro con claveles rojos  
Puse en mis duelos, á tus piés benditos,  
Llenos del llanto de mis turbios ojos,  
Yacen marchitos.

¿Sabes que viendo como al fin imperan  
Cruces dolores y desdichas tantas,  
Mucho me asusta que mis flores mueran  
Bajo tus plantas!

Iris risueño de las pardas nubes,  
Voz y esperanza del humano duelo,  
Santa paloma que cantando subes,  
Subes al cielo.

Sea tu canto la oracion que en calma  
Brotó en raudales de mi mente mustia,  
Sea tu canto la oracion de mi alma  
Llena de angustia.

Pues bien comprendo que en amor sublime,  
Cifra y misterio de tu dulce nombre,  
Mientras el mundo se querella y gime,  
Salvas al hombre.

La risueña y tranquila  
Hija de estas colinas y estas lomas  
Donde ocultan sus nidos las palomas.

Virgen de casta frente, que adormida  
Bajo su nivea toca,  
Parece que un recuerdo de su vida  
Á su entreabierto boca  
Sonrisas presta de infantil cariño,  
Como aquellas que Dios concede al niño.

Así, cuando la luz del dia salva  
El horizonte y brilla,  
Se tiñe con la púrpura del alba  
Oscura nubecilla;  
Pero ¡ay! tras el carmin que la embellece,  
Vacila, tiembla, pasa, desaparece.....

Una voz dolorosa, semejando  
Á la del viento, incierta,  
Anuncia que aquel ángel suspirando  
De su sueño despierta.  
¡Ay, cómo está de bello! ¿Quién presume  
Cuando es que pierde el lirio su perfume?

« Madre, murmura al fin la dulce niña :  
Huye la noche y muero ;  
Mas la luna es tan suave en la campiña  
Que ver la luna quiero.  
No llores ni me llames importuna,  
Si te ruego me dejes ver la luna. »

En aquella mansion de los dolores,  
Aun llena de fragancia,  
Reinó nuevo silencio ; y, cual las flores  
Marchitas en la estancia,  
Las dos unidas en abrazo estrecho  
Inclinadas lloraban sobre el lecho.

Muda mas que el dolor sin esperanza,  
Medroso el pié y sombría,  
A una doble cortina se abalanza  
La madre en su agonía ;  
Y, al descorrer temblando, el débil broche  
Entró en la estancia el viento de la noche.

Y con él los tristes reflejos,  
Sombras y tenues brillos  
De la luna asomaron ; y á lo léjos  
Sus velos amarillos  
Daban á los lugares solitarios  
El pavor y la luz de los santuarios.

### LA GOLONDRINA

Ave de las negras plumas,  
Golondrina,  
Que rasgando las espumas  
Vas bebiendo en curso vago  
El agua del patrio lago  
Cristalina.

Ave de rápido vuelo,  
Que improvisas  
Un viaje al azul del cielo,  
Y al ver las campestres galas  
Vuelves al campo las alas  
Indecisas.

Tú que cruzas de ola en ola,  
Palpitante,  
Sin que mire una vez sola  
Con quien loca te entretienes,  
Porque alegre vas y vienes  
Delirante.

Pajarillo entusiasmado  
Con el viento,  
; Cuántas veces he pensado,  
Que, como tú, fugitivo,  
Tambien puedo alzar mi altivo  
Pensamiento!

« Dios te bendiga! » Con suspiro vago  
Grita la niña, y queda  
Como nacen los junco sobre un lago :  
Medio inclinada, y leda  
Mirando pensativa la campiña,  
Daba miedo el placer de aquella niña.

¡Ay! el último fué. — Tranquila quiso  
Sonreír á la muerte  
Cuando en aquella hora, al improviso,  
Sintió su soplo inerte,  
Y envuelta en sombras, trémula, espirante  
Ansiaba ver la luna en ese instante.

Y como la tiniebla se extendía  
Cada vez mas profunda  
Para la pobre niña, parecía  
Que, á tientas, moribunda,  
Buscaba con sus manos, sobre el velo  
De la rojiza luz, la luz del cielo.

Así, llena de amor y mansedumbre,  
Espiró la modesta  
Encantadora niña. — Á la quejumbre  
Del viento, en la floresta,  
Llorando recordé tan triste historia,  
Que es ¡ay! de un ángel la postrer memoria.

Siempre haciendo en rauda giro  
Loco alarde,  
Arecilla, yo te miro  
Cómo bajas, cómo subes,  
Ya en el viento, ya en las nubes  
De la tarde.

¿Es por la luz que te alegras  
Incendiaria?  
Ave de las plumas negras,  
Al ver la estrellada alfombra,  
¿Es que la noche te asombra  
Solitaria?

Tan pronto en verde paisaje  
Te contemplo,  
Como en el seco ramaje,  
Como en la fuente que corre,  
Como en la parduzca torre  
De algun templo.

Ya visitando los muertos,  
Importuna,  
Oyes los ruidos inciertos  
El rumor de las ciudades.  
A las tristes claridades  
De la luna.

Ya, si la flor campesina  
Cierra el broche,  
Tú te alejas, golondrina,  
Por escuchar la primera  
La campana plañidera  
De la noche.

Saliendo á veces del monte,  
Sin fatiga  
Vas derecho al horizonte  
Con tal soltura y donaire,  
Que no hay ave por el aire  
Que te siga.

Y luego allá de las nubes,  
Maravilla,  
Después que tan alto subes.  
Al ver que tus plumas ajas,  
Cierras tus alas y bajas,  
Arecilla.

Tal, siendo niño, gozando  
Mi desvío,  
Me divertía arrojando  
Las conchas que iba cogiendo,  
Por verlas después cayendo  
Sobre el río.

¡Ay! entonces mi fortuna,  
Mis amores  
Eran el sol, la laguna,  
Sus barquillas, y los nidos  
En los ramos suspendidos  
De las flores.

Con los niños compañeros  
De mi infancia,  
Trepaba á los cocoteros ;  
Y cuando en alto me vía  
Era grande mi alegría,  
Mi arrogancia.

Que acaso yo de mil modos  
Me pensaba  
Que era mas grande que todos,

Y de orgullo satisfecho  
El corazón en mi pecho  
Palpitaba.

Sueño sin luz y sin nombre,  
Tan profundo,  
Que lanza después al hombre,  
Para realizar su instinto,  
Por el ancho laberinto  
De este mundo.

Sueño de ardiente cariño  
Sobrehumano ;  
Porque es allá cuando niño,  
Que se abriga en la memoria  
Ese sueño de la gloria  
Soberano.

¡Ah, la gloria!... es un delirio,  
Luz soñada,  
Que se convierte en martirio  
De la frágil existencia.  
¡Ah, la gloria!... es la demencia,  
Sombra y nada!

Lo sé ; mas volar te veo  
Por la nubes,  
Ave, y mi muerto deseo  
Se aviva, y lloro y me afano,  
Y quiero subir en vano  
Cual tú subes.

Que si algo estimo esta vida  
Transitoria,  
Es que en mi mente se anida  
La esperanza, el loco empeño  
De darle cima á ese sueño  
De la gloria.

Pajarillo entusiasmado  
Con el viento,  
; Cuántas veces he pensado  
Que á tu vuelo rauda, altivo,  
Es igual mi fugitivo  
Pensamiento!...